

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Escrito por

Jesús José Camacho Lucas-Torres

@chexual



capítulo seis

AVISO +18

Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la pasión y la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.

sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades
@chexual

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

Los antepasados de Jack fueron estadounidenses refugiados en Sudáfrica. Durante la Crisis Latinoamericana de Cultivos la gente no solo moría, sino que se mataba en las calles buscando qué comer y peleando por los restos que encontraban. No había trabajo para tanta gente, todos los migrantes eran pobres, y los habitantes de los países que los recibían los despreciaban. Cuando la comida empezó a llegar a cuentagotas desde un planeta que nadie conocía bien, pero por cuyos recursos todos rezaban, perdían la dignidad por conseguirla. Su familia ingresó en el programa de selección de colonos para Mundo Agrícola siempre que se convocó, pero nunca fueron seleccionados. No fue hasta que la crisis alimentaria se suavizó y se liberalizó el suelo que pudieron emigrar allí por cuenta propia. No morir de hambre, el eterno sueño americano.

Al llegar a Mundo Agrícola, los Pierce se instalaron en la isla de Bakewell, donde empezaron a trabajar como jornaleros en una gran explotación de cereal. Trigo, principalmente, aunque parte del terreno se destinaba a pruebas de goteo en siembras de arroz, ya que el riego por inundación estaba vetado. Pusieron a ambos a cargo de un paraje entero, y ellos solos se encargaron de la desinfección y aclimatación del suelo, del arado para aumentar la permeabilidad al agua y la porosidad a los gases, de la siembra, los riegos y tratamientos, y la cosecha. Su labor fue ampliamente elogiada y les otorgó cierto renombre y cuantiosos beneficios que manipularon con habilidad hasta poder comprar su propio paraje en la isla de Balfour. Era un terreno alargado con algo de pendiente llamado Sierra del Águila. Estaba cerca de los generadores y todavía no había sido

explotado, pero los análisis del suelo eran alentadores. La granja no era contigua, sino que quedaba algunos kilómetros al sur y todavía no se había abierto un camino que los comunicase. Les costó muchos quebraderos de cabeza acondicionarla y sacarla adelante, pero lo consiguieron, y prosperaron. Tal como prosperó toda la colonia. Fue una dinámica que se repitió en K-2L y que esperaba repetirse en cada colonia de recursos: durante las décadas posteriores al establecimiento y el inicio de las actividades, la economía de la colonia crecía vertiginosamente y se establecía en una bonanza que podía durar siglos.

Aquella época coincidió con la radicalización del sentimiento independentista de las colonias extremas. El gobierno colonial de Liberty y Outlaw estaba presidido por partidos independentistas que ganaron apoyos de manera vertiginosa aprovechando el malestar provocado por el desarrollo de Mundo Agrícola y la forma en que desde la Tierra se jactaban de sus logros. Eran mayoría absoluta en el concejo de Liberty y simple en Outlaw, mientras que en Maru suponían un importante porcentaje de la oposición. Los líderes se conocían, tenían relaciones cordiales y estrategias políticas similares.

Ninguna de las tres era una colonia de recursos, y en sus casi dos siglos de historia no habían experimentado un desarrollo acelerado como lo había hecho Mundo Agrícola en apenas treinta años. Culpaban de eso a la gestión del gobierno terrestre y decían sentirse abandonados y desatendidos, y más aún, abusados y utilizados. Sus quejas eran legítimas, desde luego, porque es cierto que la crisis de los cultivos obligó a centrar los esfuerzos en la Tierra y el sistema Alula Australis. No obstante, la actividad laboral tal como la implementaron los proyectos de colonización permitió el crecimiento de los asentamientos y su solvencia económica, nació gente y otra mucha inmigraba, comerciaban y producían en los tres planetas, y durante mucho tiempo tuvieron beneficios a amplísimos niveles, incluido el fiscal. Su estabilidad y autosuficiencia trajo consigo una revisión de los impuestos que intentó regular el agravio comparativo que suponían respecto a otros territorios de la Tierra u otras colonias, como Marte, que tributaba sin privilegio alguno. Su fijación en porcentajes equitativos elevó significativamente la carga fiscal de los habitantes de las colonias, y eso desaceleró su economía porque aumentó el temor a invertir en nuevos negocios y empresas, aunque no llegó a frenarla ni tuvo un efecto catastrófico porque el margen para el sector privado seguía siendo mínimo y estaba limitado a áreas muy concretas dictadas por el gobierno terrestre. Esta situación, apoyada por la historia de las colonias, cuyos descendientes veían en los planetas de su sistema a sus hermanos y para los que la Tierra no significaba más que una carga, incentivó a los líderes independentistas a dar un paso al frente y luchar por sus convicciones. El gobierno abrazó las nuevas corrientes ideológicas como algo a lo que hacer frente mediante negociaciones pacíficas, harta de conflictos e intentando tender puentes,

pero entre los civiles ese sentimiento no gustaba; creían que las colonias eran ingratas y desleales, y sobre todo se sentían heridos porque, durante demasiado tiempo, el planeta solo había conocido la guerra y la enfermedad, y todo lo superaron juntos. El Extremo de la galaxia era la esperanza del futuro, eran ellos mismos, y les dolía que ese sentimiento no fuese recíproco, sin importar la implicación política que engendraba la situación.

Los independentismos ganaron poder e influencia, y sus demandas eran cada vez más exigentes, pero la diplomacia logró conservar la paz hasta que, tras la quinta misión de colonización del Mundo Agrícola, se liberalizó el suelo. Eso daba libertad a los ciudadanos y a Mundo Agrícola sobre sí mismo y vía libre a la actividad privada, mientras que las colonias extremas aún estaban supeditadas al control de la Tierra. Las manifestaciones se sucedieron en los tres planetas, aunque era Maru quien llevaba la batuta por ser la capital del sistema, mientras que Liberty y Outlaw seguían caracterizándose por el colonialismo rural. Algunas protestas desembocaron en disturbios con importantes pérdidas materiales.

La radicalización del movimiento independentista tuvo su expresión máxima en la detonación de un artefacto explosivo en Córdoba, República Sudamericana, que se saldó con una veintena de muertos y casi un centenar de heridos. Su autoría fue reivindicada dos días después, cuando la Tierra aún buscaba una explicación a lo sucedido, por un grupo terrorista autodenominado Dominion, que reclamaba la independencia de las colonias extremas y amenazaba con más atentados si no se satisfacían sus exigencias. La respuesta fue inmediata. El ejército salió a las calles de las capitales principales y destacamentos enteros viajaron a las colonias con el fin de proteger a la ciudadanía e investigar los posibles centros de operaciones de los terroristas.

Los políticos coloniales se desvincularon públicamente de este movimiento y manifestaron su rechazo a la violencia, aunque algunos de sus discursos estuvieron plagados de dobles sentidos y aprovecharon la vía que el terrorismo había abierto para enrocarse en sus peticiones. La Tierra no cedió a los chantajes, si bien quiso estimular más el diálogo. Dominion cumplió sus amenazas. Hubo varios atentados más, cada vez más distantes en el tiempo, pero también más agresivos y virulentos.

El más importante de ellos tuvo lugar en Mundo Agrícola, y fue un ataque decisivo que precipitó el final del conflicto. Un brazo hiperarmado de Dominion se desplegó al Norte de la isla de Tull e hizo saltar por los aires el tercer complejo de hidrogénesis, que estaba siendo ampliado con la intención producir el agua suficiente para extender un nuevo río que envolviese Tull definitivamente y permitiese la agricultura al Oeste, en lo que sería una nueva isla. Murieron todos los trabajadores, cundió el pánico. Minutos después hubo un nuevo ataque en Cabañal, la ciudad más grande de la isla de Bakewell. No usaron armas, solo la fuerza bruta, pero se aseguraron de grabarlo y de distribuir las imágenes en red. En pocos

minutos, todos los planetas habitados conocidos vieron cómo un dracónido, al que seguía una horda de guerreros de aspecto artrópodo, destrozaba el edificio más emblemático de la colonia, uno de los primeros almacenes de grano que se construyeron en el planeta. Fue una masacre. Jacob Pierce, uno de sus ancestros, murió aplastado por los escombros, al igual que muchos de los soldados que acudieron para rechazar a los terroristas. Las calles cercanas al almacén fueron presa del polvo, la gente corría despavorida, tosiendo, asfixiándose, mientras el ejército penetraba a ciegas en la espesa nube siguiendo las órdenes que gritaba el general Apronika. No sirvió de nada. Consiguieron abatir a algunos criminales, pero cuando estuvieron lo suficientemente cerca del dragón como para atacar, capturó entre sus garras al general y echó a volar. Lo lanzó al aire y lo desgarró con su pico, desmembrándolo, haciendo de su sangre lluvia.

Al descender, con la cara manchada y las gotas escurriéndose por el pecho, pronunció con una voz como un aullido un discurso a favor de la independencia en perfecto castellano. Nunca antes se había escuchado a un dracónido. Habló del pasado, de cómo aplastaron a su raza, del rencor y la miseria, y lo hizo todo en un idioma que no era el oficial de la Tierra, sin duda para apelar al recuerdo histórico del dolor que asoló latinoamérica tras la guerra que libraron contra ellos, y para dejar claro que, aunque se retiraron, los dracónidos nunca se fueron del todo, que aprendieron de ellos, que seguían siendo una amenaza.

Se llamaba Greed, y decía ser un explorador. Contactó con los Dominion al enterarse de su oposición a las leyes terrestres, y puso a su servicio una nave entera de soldados fómidos, aquellas criaturas de exoesqueleto grisáceo que aparentemente no eran inteligentes, pero sí brutales. A cambio, pidió colaboración y una base en Outlaw para que los suyos pudieran asentarse. Los terroristas accedieron, enfrentándose así no solo al gobierno de la Tierra, sino también al de las colonias, que se oponía a cualquier acto de guerra.

Las imágenes de las cámaras de seguridad de los locales cercanos también se filtraron, mostrando al Cuerpo de Greed mutilando los cadáveres, saqueando tiendas y rebuscando entre los cascotes cualquier cosa que considerasen de valor para dejarlas a los pies del dracónido casi como si fuera una ofrenda, mientras chasqueaban las mandíbulas y se golpeaban la cabeza a sí mismos con movimientos dementes.

La entrada en juego de los dracónidos lo cambió todo. Los gobiernos unidos de la Federación prometieron la amnistía al líder de Dominion si se entregaba y paraba aquella locura. Los terroristas no accedieron, pero hicieron público un comunicado en vídeo también cargado de promesas. Su líder, con los ojos ocultos tras un visor, anunciaba un nuevo ataque, con más piratas (así se refirió a la alianza de fómidos y dracónidos) y más destrucción, si no se garantizaba la independencia de las colonias extremas, y para ilustrarlo, ejecutó a seis políticos, dos de cada concejo colonial, sin

importar su ideología ni el partido que los respaldaba. El poder, decía, les pertenecía ahora, y si tenían que luchar para ser libres, lo harían.

La Tierra no quería luchar. Los terroristas cerraron los puertos para que nadie pudiese huir, y los pocos que se atrevían a contrariarles, desaparecían. La decisión fue dura. Las negociaciones llevaron semanas. Los Dominion se exhibían, sin miedo después de que su líder diese la cara. En la Tierra y Marte la gente salía a manifestarse triste, en silencio, pero aterrada, a favor de la independencia, a favor de claudicar, temblando ante la amenaza de otra guerra dracónica. Otros pensaban en sus hermanos, sus familias atrapadas en el Extremo de la Galaxia, que tendrían que someterse a la dictadura terrorista que parecían perseguir los Dominion. Fue terrible, y se saldó con la capitulación de la Tierra. Otorgaron la autonomía a las colonias, a cambio de un pacto de no agresión y de Greed.

Dominion accedió. Entregaron al dracónico inmovilizado a una nave terrestre en el puerto de Maru, que lo llevó a la Tierra para interrogarlo, juzgarlo, y aplicarle el castigo que la ley estableciese. Las tropas fúrmidas pasaron a estar bajo el mando golpista, y las colonias obtuvieron una independencia que nadie quiso celebrar. Los piratas, que efectivamente se afincaron en Outlaw, murieron sin descendencia, pues como se descubrió al analizar sus cadáveres todos eran machos, y el pueblo de las colonias, hartos de la tiranía terrorista, aprovecharon la debilidad de Dominion años después para deponer el gobierno, obligarlos a retirarse, y retomar así el contacto con la Tierra, de la que habían estado aislados a la fuerza y que ahora era más segura que nunca gracias a la creación de la Federación Galáctica. Sin embargo, la ideología que impulsó la creación de Dominion resistió, y en la actualidad se manifestaba mediante corpúsculos clandestinos que se dedicaban sobre todo al tráfico de armas.

Jack iba pensando en eso mientras miraba por la ventana el discurrir de los ríos de Balfour. Los colonos Pierce eran pioneros endiosados de los que sus padres hablaban en las sobremesas y en las reuniones familiares. Eran héroes sacrificados, mártires, y él heredó ese discurso y creía que el Mundo era su legado. Le pertenecía, y velaría por su estabilidad. Por eso, cuando vio que uno de los ríos había reventado y el extremo de la cañería estaba taponado por un material que no alcanzaba a reconocer, llamó la atención de Ferrec y le instó a bajar para echar un vistazo. El criminal, sin embargo, no dio la orden a su chófer.

— En la estación nos dirán lo que ha pasado.

Pero eso no tranquilizó a Jack. Habría jurado que lo que bloqueaba la tubería era hielo, de no ser porque en Mundo Agrícola el hielo se derretía en cuestión de minutos.

